

clown será pronto legendario, y acaso entonces encontrará el poeta que sin palabras sepa contarnos los gloriosos gestos de éstos gloriosos clowns en una obra que bien pudiera llamarse *La divina pantomima*.

DOMADORES

La presentación de M. Alberts, con sus osos amaestrados, en el teatro de la Zarzuela, sugiere algunos recuerdos de célebres domadores y consideraciones sobre un arte que no es todo de valor y de paciencia, como pudiera creerse, sino que hay en él algo genial, sin lo que sería imposible conseguir resultado alguno de material tan rebelde.

Por lo que tiene de genial este arte, bien puede decirse que en él cada maestrillo tiene su librillo, y ninguno tan libre de reglas y modelos clásicos.

Todo animal, que para el vulgar observador sólo se presenta como el tipo abstracto de una clasificación zoológica, tiene una individualidad bien marcada, con su carácter, su temperamento y hasta sus idiosincrasias y manías, como cualquier hijo de racional vecino. El domador ha de ser ante todo (¿será impropiedad decir psicólogo?), en fin, un gran intuiti-

vo, para conocer los adentros del animalito cuya educación se propone.

La enseñanza obligatoria, oficial, reglamentada—tan odiosa, y con razón, al marqués de Villaviciosa de Asturias,—sería imposible con los animales. La mayor parte son rebeldes á toda educación, y pocos saben el tiempo, el dinero, los disgustos, que supone para los domadores la selección previa hasta conseguir unos cuantos sujetos educables.

De todos los animales, es sabido que el elefante es el más inteligente y dócil; pero es un error creer que sólo obedece á la dulzura; también hay que emplear con él, en bien proporcionadas dosis, el palo y el pincho, pero el castigo ha de ser siempre merecido; el elefante posee un concepto muy claro de la justicia y no tolera castigos que sólo obedezcan á caprichos ó nerviosidades del domador. Con razón advierte un domador, autoridad en su arte, que el domador que acostumbra á embriagarse está muy expuesto á graves contratiempos.

Los leones, tigres y, en general, los animales conocidos por el común nombre de fieras son animales fuertes, pero cobardes. Cualquier gato montés es más temible que un león ó un tigre para los efectos de la domesticación. La dificultad, más que en el valor personal

del domador, consiste en su arte para obligarle á trabajar.

De todas las comparaciones vulgares ninguna más impropia que la de «trabajar como una fiera».

No hay animales tan reacios para el trabajo como las fieras. El mayor triunfo de un domador es despertar en ellas la menor idea de laboriosidad. El día en que trabajan más de lo acostumbrado, como se nota en los días festivos, por la doble representación, los animales están inquietos, malhumorados; casi todos los accidentes de los domadores han sido ocasionados por el disgusto que causa á sus fieras cualquier exceso de trabajo.

También es curioso que las fieras criadas en libertad y cazadas ya adultas sean más dóciles y mansas, una vez enjauladas, que las nacidas en las jaulas de algún jardín de aclimatación ó *menagerie*.

Hoy casi todas las fieras presentadas en los espectáculos proceden de la magnífica colección de M. Hadenbeck, en Hamburgo. Allí se les somete á previa educación y se alquila ó vende á los que han de exhibirlas por circos y teatros.

De este modo se improvisan domadores algunas *cocottes* y algunos *decarvés*, que suelen auxiliarse en su profesión de la morfina, de

látigos metálicos con pilillas eléctricas, que descargan pequeñas corrientes sobre las atemorizadas fieras, y de todo género de *trucs* ó *martingalas*.

Esta es la falsificación de un arte que sólo es digno de admiración cuando se presenta con domadores de raza, como Bidel, como la dinastía de los *Pejons*, célebre en todas las ferias de Francia. Todos éstos, fueron ó son domadores por vocación, que conocen á sus fieras como á individuos de su familia, que las educan por sí mismos, que con ellas comparten alegrías y tristezas, que lloran la muerte de una de ellas, no por el valor material de la pérdida, sino como la de un amigo querido. Y entre las fieras también hay rudas amistades para su domador, y celos entre ellas por conseguir su preferencia, y con todo esto, tragedias y comedias, como entre los humanos, y alguna vez, como una evocación mitológica, algo extraño y terrible (*Mantegazza*, en sus *Memorias de un domador de fieras*, lo refiere). Y sucede entonces que una leona, con rugidos que suenan como arrullos, parece decir al domador, como á Hernani la enamorada doña Sol, con rugido *victor huguesco*:

—*Oh, mon lion superbe et genereux!*

Mientras los verdaderos leones bramán en celo.

EL TEATRO NACIONAL

Cierto que el modo más expeditivo, más seguro y más acertado de fundar un teatro Nacional, digno de ese nombre, sería que un gran señor, tan rico como artista, dedicara su riqueza y su buen gusto á tan buena obra. En cuestiones de arte—también en otras—nada como la dictadura, cuando es sabia y bien intencionada. Però como, bueno ó malo no contamos para estas generosidades con otro gran señor que el Estado, y la mucha ó poca cultura del país nada tiene que agradecer á instituciones particulares, no creo lo más conveniente estorbar, ni deslucir, ni desalentar las buenas intenciones de nuestro único gran señor, con censuras y críticas anticipadas, en vez de procurar entre todos sostener y ayudar sus buenos propósitos, de los que no hay razón para desconfiar todavía.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
10
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Es sabido que discurrimos con mejor criterio y mayor serenidad en los asuntos que menos nos interesan, y esto ya es una garantía para que en arte acierten los políticos mejor que en la misma política y en cuanto con ella más de cerca se relaciona.

Sin duda hay motivos para la desconfianza y los pesimismo. Sin salir del terreno artístico, los museos, las exposiciones, las bibliotecas públicas, organización del Estado, dejan mucho que desear, pero, con todos sus defectos, aun dejarían más que desear, si no existieran.

En cuanto á los que lloran en este caso por el cuarto del comino, como grave dispendio que afligirá al contribuyente, creo que no debe tomarse muy en serio sus lamentaciones. El ahorro de treinta y cinco mil duros en el país de los despilfarros, sería, como suele decirse, el ahorro de la marmota. ¿Que no es justo que solo Madrid disfrute de un teatro Nacional? Cierto: el ideal sería que ese teatro fuera un teatro ambulante, un verdadero teatro popular que á todos llegara y ¿por qué no había de serlo? Además, las mismas razones habría para que nuestro Museo del Prado anduviera de provincia en provincia y de pueblo en pueblo.

¿Que el teatro no es necesario? Ciertamen-

te que no, señores del sentido práctico. Pero, ya dijo el rey Lear á sus hijas cuando sintiéndose menos dispendiosas que el Sr. Rodríguez San Pedro, pretendían limitar los gastos del triste rey á lo preciso.—¿Qué tendría el hombre si solo tuviera lo preciso? Si lo preciso solo fuera suficiente, no llevaríais vosotras, hijas mías, esos trajes, que más os adornan que os cubren.—Sin duda las hijas del rey Lear andaban muy descotadas.

¿Que el teatro no tuvo jamás virtud educadora? También lo creo. Ninguna más que las crónicas periodísticas, los libros, y aun los sermones de más severa moral y doctrina, con tener auditorio casi convencido. Pocas serán las conversiones debidas á influencias de la palabra, hablada ó escrita. Las pocas atribuidas á su influencia más son tenidas por milagro divino. Todo cambio en nuestro modo de pensar y doblemente en nuestro modo de ser, obedece á revoluciones ó evoluciones muy íntimas de nuestro espíritu. Nadie salió del teatro ni terminó la lectura de un libro, ni escuchó el sermón, decidido á cambiar de vida y costumbres. La pérdida de un sér querido, la de una ilusión, la de un poco de dinero, influyen más directamente en nuestro espíritu que todas las predicaciones del arte, de la ciencia ó de la religión. De suerte, que

si por ineficacia educativa decidiéramos la supresión de muchas instituciones sociales, ya representaría un regular ahorro para el Estado y los particulares.

Lo peor es que si el teatro no es nunca educativo, puede en cambio ser escuela de malas palabras, que es buena base para serlo de malas costumbres. Aunque para mayores empresas se las niegue eficacia, ¿en esto de limpiar el lenguaje, no pudiera tenerla? ¿No conviene un poco de arte serio y de arte limpio para contrarrestar la «chulería», el «matonismo» y otras castizas cualidades, que un teatro harto plebeyo ha contribuido á sostener entre la gente baja y hasta ha logrado infiltrar en la alta? ¿No habéis sentido alguna vez cierto malestar al oír en labios angelicales de jovencitas y de niños, algún chulesco timo, procedente de teatro?

Tampoco la existencia del teatro Nacional bastará á crear autores ni actores, pero será estímulo para todos. Mi opinión, y nadie podrá decir que es egoísta, es que su dirección debe encomendarse á un literato competente, que no sea autor dramático, para alejar todo lo posible la menor sombra de apasionamiento por su parte y de recelo por la de los otros autores—¡ay, no somos santos!

La designación, ya anunciada por alguien,

de Jacinto Octavio Picón, me parece excelente. A su gran cultura y á su espíritu amplio, une una gran afición al teatro, condición indispensable para el cargo.

Creo un error pensar que en la compañía puedan ni deban figurar todas las primeras figuras de nuestra escena. Aparte de que, aunque en este país de las mil pesetas, esos treinta y cinco mil duros parezcan algo exorbitante, no hay con ellos para muchos milagros; una compañía formada con eminencias, sería ingobernable y no habría en ella buen reparo posible. Una buena compañía de conjunto, con cuatro ó cinco nombres prestigiosos y abundancia de actores útiles y especiales para determinados papeles, será siempre más práctica para el mejor desempeño de las obras. Creo también—y tampoco hay en ello egoísmo,—que todos los autores, viejos y jóvenes, con historia ó sin ella, deben someterse por igual al juicio del comité de lectura. El autor de más talento puede equivocarse alguna vez de plano ó escribir una obra que necesite de correcciones y arreglos. A más de esto, el ejemplo de sumisión debe venir de los que están más alto.

El teatro Nacional no será perfecto, seguramente. Pero si todos procuramos que lo sea, se acercará más á la perfección. Y cuando fue-

ra lo que algunos temen, un asilo de actores inútiles y de autores no representables en ningún otro teatro, ya sería de utilidad pública. ¡Ahí es nada saber que estaban todos reunidos y que no había uno de encontrarse con ellos en ningún otro teatro!

PARA LOS SUPERSTICIOSOS

En el teatro Drury-Lane, de Londres, se ensayaba una obra en la que habían de figurar unos cuervos, y como en los teatros ingleses se lleva el realismo á los menores detalles— naturalmente, tratándose de teatros ingleses, la *miss en scene* es muy importante— al director de dicho teatro no se le ocurrió cosa más realista que procurarse unos auténticos cuervos, vivitos y aleteando. La consternación en todo el personal del teatro fué grande, pues todos consideraban á los desagradables pájaros como aves de malísimo agüero, y temían con su presencia las mayores desgracias.

El director, espíritu fuerte, se burlaba de los agüeros y sólo veía el gran efecto que, sin duda, causaría en el público la aparición de los alados artistas. La verdad es que en el teatro, con haberse explotado bastante la zoología, esto de los cuervos era de una gran no-

vedad. Sólo Becque, el batallador autor dramático francés, se había atrevido á presentarlos moralmente en escena, y el éxito de su obra, así titulada, «Los Cuervos», no fué precisamente para desautorizar á los agoreros.

Otro buen punto puede apuntarse á su favor, en este caso, pues lo cierto es que apenas habían entrado los espantables pajarracos en el teatro, entró la negra. Nunca con más razón puede decirse. Se cayeron unas decoraciones sobre los tramoyistas, hiriendo á algunos de ellos; se hundió parte del tablado, y como si todo esto no bastara, uno de los mismos cuervos cayó en un artesón de cal y salió blanco como el cisne de Lohengrín.

Si se hubiera tratado de un mirlo, es posible que el director y todo el personal del teatro hubieran creído conjurada la negra con este feliz presagio; pero el escéptico director no pudo por menos de rendirse ante el turbión de calamidades que se le venía encima, y aunque el periódico en donde leo la noticia sólo dice que ha renunciado á los cuervos vivos, supongo que ni de guardarropía querrá verlos, y á estas horas el autor los habrá sustituido por otras aves más placenteras, aunque menos apropiadas á la situación.

¿Habrá que decir, por esto, que los sueños y presagios no son nunca tontería, como can-

tan en «La Mascota»? ¿Fueron, en realidad, los cuervos la causa misteriosa de tanto desastre, ó lo fué la preocupación de su presencia?

¿Es toda superstición puramente imaginativa y legendaria, ó es producto de una serie de observaciones y repeticiones de un mismo hecho en idénticas circunstancias? Si así no fuera, ¿por qué habían de ser algunas tan universales? ¿No será menos cuerdo reirse de ellas que tomarlas en consideración, aunque sigan pareciéndonos inexplicables? «Hay en cielo y tierra mucho más de lo que puede percibir tu filosofía, Horacio», decía Hamlet á su mejor amigo.

¿Quién no ha sentido alguna vez en torno suyo esta influencia de las cosas, enemiga ó propicia? El misterio nos envuelve por todas partes. Es nuestro espíritu casa grande, y no poseemos bastantes verdades para llenar todos sus aposentos; quedan muchos oscuros y desamparados, por donde las sombras fingen medrosos fantasmas. Para justificar nuestro miedo, preferimos creer que los fantasmas existen. Por no confesar nuestra ignorancia, llenamos de mentiras lo que no podemos llenar de verdades. Así podemos decir que nuestra morada espiritual está bien puesta; cuando no hay más muebles que colocar y sobre alguna habitación, el que tiene dinero pone un

oratorio; el que no puede más, dice que en aquella habitación hay un duende, y por eso la dejó cerrada. El primero pasa por creyente; el segundo, por supersticioso; pero, en realidad, todo es lo mismo... ¡Fantasmas! La fe y la superstición tienen el mismo nombre: ¡Misterio!

MÁXIMAS Y AFORISMOS TEATRALES

El público quiere que se le hable en broma de las cosas serias y en serio de las tonterías. Lo que no tolera casi nunca es que se le hable seriamente de lo serio y en tono ligero de sus tonterías.

Muchas veces por querer justificar demasiado una situación, cae más pronto el público en su falsedad, porque con razón piensa: muy injustificado debe ser esto que necesita justificarse tanto.

Pintar á brochazos, pero con tal arte que á distancia parezca que se pintó una miniatura, es toda la dificultad y todo el arte del teatro.
